

El Doctor S. estaba completamente exhausto, pero al ver que por primera vez en todos los meses de experimentación y estudio obtenía resultados positivos, no pudo contener un par de saltos y exclamaciones de felicidad; y no era para menos, pues en ese momento no le importaba lucir como un chiquillo eufórico por haber recibido algún regalo, ya que, después de todo, no era cosa de todos los días hacer el mayor descubrimiento de la humanidad. Claro, muchas personas aseguraban haberlo hecho ya, pero, siendo sinceros, ¿qué es lo que más anhela el hombre, lo que cualquiera mataría por obtener? La respuesta es más simple de lo que pareciera: la eternidad.

El Doctor S. siempre fue un brillante científico, aunque no muy respetado por sus congéneres, ya que estaba obsesionado con un sólo tema: encontrar la respuesta a la inmortalidad del hombre. Por supuesto muchos lo tachaban de estúpido, los más amables de iluso, porque, según ellos, solamente Dios podía poseer tal don. Pero no, él ahora podía demostrarles que estaban equivocados.

A pesar de que toda su vida estuvo obsesionado con el tema de vencer a la muerte, no fue sino hasta algunas semanas atrás que se tomó el tema con verdadera seriedad, y hasta cierto punto le causó una cierta psicosis; y el detonante de todo esto, fue la muerte de su amada Eleonora.

Amaba a su esposa, por supuesto, pero siempre odió esa manía que tenía de sacarlo a rastras de su laboratorio, interrumpiendo sus estudios con excusas baratas, como que necesitaba dormir, comer, o dar un paseo para descansar. Ella era una mujer preciosa y muy amable, pero también algo cabeza hueca; ¿qué otra razón podría haber que la excusara de interrumpir sus fascinantes experimentos? Por eso, una noche no soportó más las constantes

interrupciones de Eleonora, mientras ésta lo llamaba para que fuera a cenar, a pesar de que él le indicó que no deseaba hacerlo en ese momento, y cuando ella fue a buscarlo al tercer piso de su casa, donde tenía instalado su laboratorio, la amenazó con su bastón de madera de roble fino y mango de plata. Los gritos de ella solamente lo irritaron cada vez más, por lo que, cegado por la ira, la golpeó repetidamente con su bastón antes de empujarla por las escaleras.

No tuvo problemas con la policía, excusaron todo como un accidente, pero él sabía la verdad: ésta era una nueva oportunidad para concluir de una vez por todas con sus experimentaciones para encontrar la clave de la inmortalidad.

Se encerró por varios meses en sus trabajos, y gracias a Dios todos lo excusaron y no lo interrumpieron por creer que era una especie de luto por su Eleonora; ¡insensatos, ignorantes! ¿Por qué habría de lamentarse por una separación que no habría de durar más que una corta temporada?

Experimentó con cada una de las ramas de la ciencia que había estudiado. Química, biología, física, la electricidad; ciencias novedosas y viejas pasaron por su mesa de estudios, hasta que la combinación de varias sustancias le dieron el resultado buscado.

Cuando roció éste líquido sobre el cuerpo de su amada Eleonora, putrefacto y a medio consumir por los gusanos, observó con fascinación como los huesos recobraban la vida, la sangre volvía a correr por sus venas, y los tejidos del músculo se unían lentamente, hasta presentarse completamente intactos, tal cual había ocurrido en todas sus anteriores experimentaciones en perros y gatos callejeros, que fueron muertos por la enfermedad o el hambre y ahora, gracias a él, volvían a vagar por las calles.

Por fin, después de pasar grandes jornadas de trabajo, nombrando sus hipótesis una a una por las letras griegas, y numeradas dependiendo las pequeñas variantes, ese líquido, mezcla de sustancias naturales y químicas, la variante sigma-XIII, estaba dando los resultados

que la humanidad tanto había anhelado. Por fin, gracias al gran Doctor S., la inmortalidad dejaría de ser un sueño, el moderno Prometeo no sería más ciencia ficción.

Y para celebrar, mientras observaba los últimos tejidos de la hermosa Eleonora volver a su estado saludable y vivo, el buen doctor S. tomó distraídamente su taza llena de ron para brindar por él mismo y por su maravilloso descubrimiento.

Pero, ¡ah, el insensato en realidad fue él! Pues embriagado por su victoria no notó que el sabor amargo y ácido de su bebida era su amada sigma-XIII, la cual encontró materia orgánica en su estómago, y lentamente, sin que él se diera cuenta, reconstruyó lo que alguna vez fue un pez vivo, lentamente dentro de su cuerpo, y fue demasiado tarde que el dolor de estómago lo alertó de que algo malo ocurría dentro de él.

Y solamente notó que su vientre se hinchaba cada vez más y más, hasta que sus músculos no aguantaron, y la carne abrió paso al montón de pececillos que fueron su cena, los cuales fueron devueltos a la vida gracias a la última dosis de la maravillosa sigma-XIII.